

LXXV

" De niño hazañas son con las futuras,
 " Estas que ahora el Asia en él pondera:
 " Claro veo sus fuerzas ya maduras
 " De un Augusto domar la impiedad fiera.
 " La Iglesia y Roma abrigará seguras
 " El águila de plata en su bandera,
 " Que las garras quitó á la fiera indigna,
 " Y él dejará de sí prosapia digna.

LXXVI

" De sus hijos los hijos y los nietos
 " Claro ejemplo tendrán y memorable,
 " Y contra injustos Césares inquietos
 " Defender la tiara venerable,
 " Al soberbio é impío hacer sujetos,
 " Alzar al inocente y miserable,
 " Serán sus artes. Alzará así el vuelo
 " La águila de Este hasta el octavo cielo.

LXXVII

" Pues de eterna verdad verá la lumbre,
 " Que á Pedro dé sus rayos será justo
 " Do por Cristo se pugne, á la alta cumbre
 " Triunfante elevará su vuelo augusto.
 " Esto á su sér sublime por costumbre
 " Dió el cielo, en sus decretos nunca injusto,
 " Y es su querer que venga ora llamada
 " A la alta empresa de que fué apartada."

LXXVIII

Así diciendo el venerable anciano,
 Todo temor sobre Reynaldo quita.
 Del aplauso comun sólo lejano
 Bullon, calla y parece que medita;
 La noche en tanto va cubriendo el llano,
 Sobre el que negras sombras precipita.
 Todos al sueño entréganse contentos:
 Sólo velan en él sus pensamientos.

FIN DEL CANTO DÉCIMO.

CANTO UNDÉCIMO.

Procesion y rogativa. Asalto y batalla general. Godofredo herido,
 se cura y vuelve á la pelea. Noche.

I

Pensando en el asalto solamente
 El jefe del ejército cristiano,
 Todo aprestando estaba diligente,
 Cuando á él viene el ermitaño anciano.
 Llámale aparte, y con severa frente,
 " No perdonas—le dice—medio humano
 " De vencer, Capitan; pero te olvidas
 " De cosas que primero son debidas."

II

" Al cielo invoca ántes que nada aprestes,
 " Con públicas, devotas oraciones,
 " Porque de santos y ángeles las huestes
 " Impetren la victoria á tus legiones:
 " Salgan con santos hábitos los prestes
 " De la piadosa música á los sonos,
 " Himnos cantando; en pos los caballeros,
 " Y á su ejemplo el comun de los guerreros."

III

Luego que al viejo rígido hubo oído
 El buen Bullon, su parecer le agrada:
 "Siervo—responde—de Jesus querido,
 "Con placer tu opinion sigo acertada:
 "En tanto que á los jefes yo convido,
 "Haz que la plebe tengan congregada,
 "Guillermo y Ademaro sus pastores,
 "Y ellos y tú seréis los directores."

IV

Desde la luz primera matutina
 Juntos los tres y muchos más, menores,
 Del real en el lugar que se destina
 A tributar á Dios sacros honores,
 Alba los más revisten blanca y fina,
 Mantos de oro los dos santos pastores,
 Que sobre el lino cándido abotonan
 Al pecho, y las cabezas se coronan.

V

Pedro delante solo, suelta al viento
 El signo que en el cielo es adorado,
 Sigue el coro con paso grave y lento
 En dos largas hileras separado:
 Alternándose, doblan el concento
 Con voz grave y con canto sosegado.
 Al fin (por dignidad tal honra obtienen)
 Los dos prelados presidiendo vienen.

VI

Sigue luego Bullon como es usanza
 De Capitan, sin otra compañía:
 Los jefes dos á dos en ordenanza,
 Y la tropa que el campo contenía.
 Así la procesion, marchando avanza
 Y fuera de trincheras se espacia,
 Sin que agudo clarin ó ronca trompa,
 Sino humilde oracion el aire rompa.

VII

"Padre Santo, y su igual Hijo divino,
 "Y el que de ambos Espiritu procede,
 "Madre del Hombre-Dios que al mundo vino
 "Y cuya gloria á toda gloria excede,
 "Santos que en celestial alto destino
 "Hacéis que el orbe de los astros ruede:
 "Señor, que de tu sangre hiciste fuente,
 "Del hombre por lavar la impura frente,

VIII

"A vosotros invocan y al que quiso
 "Dios hacer de su Iglesia fundamento,
 "Y cuyo sucesor, del paraíso
 "Las puertas abre y da en la gloria asiento;
 "Los profetas que al mundo grato aviso
 "Dieron de redencion; los que en aumento
 "De la fe santa mártires murieron
 "Y testimonio con su sangre dieron;

IX

"Los que con voz ó pluma nos mostraron
 "De salvacion la via más segura;
 "Las que, de Cristo siervas, se encerraron
 "Elegiendo una vida casta y pura;
 "Las vírgenes que á Dios se desposaron
 "En santo lazo que su amor depuró;
 "Las que al tormento fuertes y valientes
 "Los reyes despreciaron y las gentes."

X

Cantando así, en el llano dilatado
 Se extiende la devota comitiva,
 Al Oliveto el paso enderezado,
 Monte que de sus árboles deriva
 El nombre, en santa fama celebrado
 Que del muro al Oriente firme estriba,
 Y lo separa dél en corto trecho
 De Josafat el hondo valle estrecho.

XI

Hacia allá va el ejército cantante,
De sus voces los hondos valles llenos:
Cuevas, cerros y el monte más distante
Mil ecos repercuten claros, plenos,
Cual si escondieran coro agreste, errante,
De antros y bosques los oscuros senos:
Con tanta claridad sonar se oía
De Cristo el grande nombre y de María.

XII

De los adarves miran entretanto
Con asombro y quietud los musulmanes
El paso lento y el humilde canto,
La extraña pompa y nuevos ademanes;
Mas luego que cesó del acto santo
La novedad, los miserables canes
Alzan grita blasfema é insolente
Que atruena el valle, el monte y el torrente.

XIII

Mas no dejan el suave santo tema
Las gentes de Jesus, con voz sonora.
Desprecian la canalla que blasfema
Cual de pájaros turba chilladora,
Sin que los dardos nadie haya que tema
Que la paz turben con que á Dios se implora
De tan léjos, y el himno comenzado
Pudo ser quietamente terminado.

XIV

Del collado en la cima altar suntuoso
Hay que al gran sacrificio se destina,
Y de oro puro un candelabro hermoso
En cada lado adorna é ilumina.
Nuevo ornamento viste más precioso
Guillermo, y en silencio se examina;
Luego la voz en claro són despliega
Y se acusa y á Dios alaba y ruega.

XV

Los cercanos su ruego oyen ferviente,
Los distantes al ménos fijo miran;
Y cuando ya termina reverente
Las ceremonias que respeto inspiran,
Y su mano bendice finalmente
Al pueblo, humildes todos se retiran
Y hácia las tiendas suyas se volvieron,
Por el camino mismo que trajeron.

XVI

Llegan, y el órden ya desbaratado,
Se dirige Gofredo á su aposento,
Hasta la entrada yendo acompañado
De un escogido grupo á honrarle atento;
A la plebe despide mesurado,
A los jefes detiene y brinda asiento
En su mesa, y cual bien le corresponde,
Sienta á su frente de Tolosa al Conde.

XVII

Dado al cuerpo el sustento que pedia
Y de la sed los ímpetus molestos
Calmados, dice: "Al despuntar el día,
" Para el asalto habeis de estar dispuestos:
" Mañana afan, esfuerzo, bizarría
" Pide, hoy descanso y bélicos aprestos:
" Id, pues, á reposar y á disponeros,
" Y cada cual aliste sus guerreros."

XVIII

Se despiden. Al punto manifiesto
Hicieron de las trompas los sonidos,
Que armados desde el alba y en su puesto
Deben todos estar apercebidos.
Parte del día huelgan, y en el resto
A pelear se aprestan decididos,
Hasta que pone fin á su fatiga
La quieta noche del descanso amiga.

XIX

Dudosa aún la aurora, medio oscuro
 Por el Oriente el día se anunciaba,
 Ni aun rompía el arado el suelo duro,
 Ni aun el pastor al prado retornaba:
 En la enramada el pájaro seguro,
 Ladrido ó cuerno el bosque no alegraba,
 Cuando el clarín, llamando al arma suena
 Y el grito de ¡arma! ¡arma! al cielo atruena.

XX

Cundiendo va la voz con grande priesa
 Por compañías, tercios y escuadrones.
 Se alza Gofredo. Su armadura gruesa
 No toma que usa en grandes ocasiones,
 Sino una más sencilla y que no pesa
 Como llevarla suelen los peones.
 Ya en sus hombros el leve arnés sustenta,
 Cuando el Conde Raymundo se presenta.

XXI

Este, al verle que se arma de esa traza,
 Su pensamiento penetrar procura:
 “¿Dónde—le dice—está la gran coraza,
 “Dónde el resto, señor, de tu armadura?
 “Inerme casi, la razón rechaza
 “Que así espongas tu vida á la aventura;
 “Por señas tales voy ya imaginando
 “Que humilde gloria estás sólo buscando.

XXII

“¿Qué pretendes? ¿La honra reducida
 “De embestir como tantos la muralla?
 “Deja ménos valiosa y útil vida
 “Desa suerte arriesgarse en la batalla;
 “Por nuestra pro, la tuya mejor cuida,
 “Viste la que usas siempre fuerte malla,
 “Siendo del campo el alma, fuerza y mente,
 “En conservarte sé, por Dios, prudente.”

XXIII

Respóndele Bullon: “Que sepas quiero
 “Que cuando allá en Clermont el grande Urbano
 “La espada me ciñó de caballero,
 “Juré secreto al cielo soberano
 “De Cristo en pro esgrimir el fuerte acero,
 “Ya mandando el ejército cristiano,
 “Ya de último soldado en la pelea,
 “Siempre que la ocasión propicia vea.

XXIV

“Así, cuando del todo apercebidas
 “Estén las tropas que al ataque mando
 “Y las funciones tenga ya cumplidas
 “De quien se halla en el supremo mando,
 “Razón será (y no creo que lo impidas)
 “Que de soldado yo el lugar tomando,
 “La promesa hecha al cielo, fiel observe,
 “Para que él me defienda y me conserve.”

XXV

Así dijo. Su ejemplo los franceses
 Siguen, y de Bullon los dos hermanos
 Con otros muchos príncipes, arneses
 Como gente de á pié, toman livianos.
 Entretanto, cimbras y paveses
 Sobre el muro se ven de los paganos,
 Por donde al Septentrion la vuelta daba
 Y al Poniente más débil se mostraba.

XXVI

No teme la ciudad por otros lados
 Del asalto enemigo ofensa alguna:
 Así, el tirano impió á sus soldados
 Y no ellos solos, diligente aduna;
 Mas viejos y muchachos son llamados
 A la defensa en la última fortuna:
 Llevan los ménos á los más gallardos
 Cal, azufre, betun, piedras y dardos.

XXVII

Máquinas y armas cubren por delante
 La muralla que se alza en la llanura,
 Y de ella en guisa de feroz gigante
 Sobresale el Soldan de la cintura.
 Por las almenas, del soberbio Argante
 Se divisa la prócer estatura,
 Y en la torre angular que más se eleva
 Clorinda á todos la ventaja lleva;

XXVIII

A su espalda sonante aljaba pende
 De agudísimas flechas bien cargada,
 Del arco la flexible cuerda tiende
 Y una saeta en él tiene apuntada:
 La bella arquera al paso herir pretende
 Al enemigo, ansiosa y alentada,
 Cual la vírgen pintábase de Delo
 Flechando entre las nubes desde el cielo.

XXIX

Abajo el viejo Rey va diligente
 De una puerta á la otra, y cuida atento
 Que lo que manda se haga puntualmente,
 Y en los suyos infunde nuevo aliento:
 Aquí más armas pára, allí la gente
 Aumenta, cuando así cumple al intento.
 Al templo van las madres afligidas
 A sus deidades á implorar mentidas.

XXX

“ Señor—claman—tu brazo fuerte y santo
 “ Postre del franco la arrogancia impía,
 “ Y él que tu excelso nombre ofendió tanto,
 “ Ante estas puertas rinda su osadía.”
 En la infernal region de eterno llanto
 No la plegaria criminal se oía.
 Miétras que la ciudad se apresta y ruega,
 Gente y armas Bullon pio despliega,

XXXI

Sacando los de á pié de la trinchera
 Con prevision prudente y hábil arte,
 Y contra el muro que rendir espera,
 En dos líneas oblicuas los reparte.
 Coloca en medio máquina pedrera
 Y otros ingenios del horrendo Marte,
 De que cual rayos hórridos se lanza
 Contra el torreado muro piedra ó lanza.

XXXII

Con caballos la espalda á los infantes
 Cubre y manda al contorno exploradores;
 Da la señal, y son tan abundantes
 Los de honda y flecha buenos tiradores,
 Tanto arrojan las máquinas pujantes,
 Que ya mermando van los defensores:
 Muere el uno, su puesto otro abandona;
 Méenos densa del muro es la corona.

XXXIII

Impetuosos los francos y atrevidos
 Cuanto pueden ligero el paso mueven;
 Escudo con escudo alzan unidos
 Porque cubierta la cabeza lleven:
 Con las máquinas otros guarecidos
 Van de los tiros que incesantes llueven.
 Llegando al foso, intentan rellenarlo
 Hasta que al llano logren igualarlo.

XXXIV

Agua no hay en el foso ó lodo blando;
 Que el suelo, seco allí, no lo consiente;
 Y así, aunque hondo es, lo van colmando
 Troncos, piedras y césped fácilmente.
 Alcasto ántes que nadie audaz pasando
 Descubierta, una escala alza valiente,
 Sin que pedrisco ó lluvia le retraiga
 De encendido betun que sobre él caiga.

XXXV

Se ve cómo el bizarro Helvecio ascienda
Y esté ya á la mitad de la subida,
Blanco á mil tiros, sin que alguno ofenda
Su cuerpo tanto que subir le impida;
Cuando una peña sólida, tremenda,
Veloz cual de bombardas despedida,
Dando en su yelmo, al suelo le derriba:
Fué el circasiano quien tiró de arriba.

XXXVI

No es mortal, mas sí grave el golpe y salto
Que aturdido le deja inmóvil bulto.
Argante grita en són feroz y alto:
"Va uno; que otro venga dificulto."
"¿Por qué no dais un manifesto asalto
"Héroes que os agachais? Yo no me oculto;
"No han de valeros las cavernas nuevas,
"Que como fieras moriréis en cuevas."

XXXVII

Dice así; mas los otros no desisten,
Cubiertos y apiñados como hormigas
Bajo de los escudos que resisten
Las piedras y saetas enemigas,
Con los arietes la muralla embisten,
Máquinas grandes que en enormes vigas
Lanzan cabeza herrada de carnero:
Tiemblan puertas y muro al golpe fiero.

XXXVIII

Una gran mole de alto se desprende
Por cien ansiosas manos empujada,
Y donde la tortuga más defiende,
Cae como montaña desgajada;
Los escudos unidos parte y hiende,
No la resiste yelmo ni celada:
La ensangrentada tierra cubren huesos,
Armas quebradas y esparcidos sesos.

XXXIX

Ya no bajo cubierta el asaltante
De sus máquinas, cauto se repara;
A todo riesgo puesto, va adelante
Y al descubierto su valor declara:
Trepas uno por la escala vacilante,
Bate otro el muro con audacia rara,
Que en ruinas va cayendo, y ya sus flancos
Al ímpetu descubre de los francos.

XL

Al horroroso golpe se derriba
Que en él redobla el tremebundo ariete;
Mas defiéndele el pueblo desde arriba
Con arte no menor que el que acomete;
Donde espera que el golpe se reciba
Gruesos bultos de floja lana mete
A que amortigüe el ímpetu terrible
La materia por sí blanda y flexible.

XLI

Miéntas que la pelea así se enciende
Y el valor de ambas partes más la estrecha,
Siete veces Clorinda el arco tiende,
Y siete veces voladora flecha
Que hendiendo el aire rápida descende,
Teñido en sangre el hierro, se aprovecha
Y no en plebeyas, sino en sangre noble;
Que altiva ella desprecia blanco innoble.

XLII

El que ántes que algun otro hirió certera,
El menor hijo fué del rey britano,
Que apenas asomó por la trinchera,
El tiro le asestó que no fué vano:
Estorbarle no pudo que le hiriera
De acero el guante, la derecha mano;
Inútil ya en las armas, se retira,
Y más que de dolor, tiembla de ira.

XLIII

De Ambuesa al Conde, al foso repechado,
Y en la escala á Clotario el franco tira:
Aquel de espalda á pecho atravesado,
Este de un flanco al otro flanco, espira.
De Flandes el señor, que levantado
Tiene el ariete, el brazo izquierdo mira
Flechado. Quiere, sin que hacerlo pueda,
Sacar la flecha, que en su carne queda.

XLIV

A Ademaro que observa incautamente
De léjos la pelea enfurecida,
Viene la fatal jara y da en la frente;
Lleva él la diestra do sintió la herida:
En la mano otra flecha de repente
Le da, y al rostro déjala cosida;
Cae y corre la sangre consagrada
Por femeniles armas derramada.

XLV

La almena Palamedes ya tocando,
Por riesgo alguno de subir no deja:
Hé aquí que el dardo séptimo volando
Viene y le hiere en lo derecha ceja;
La punta por el hueco atravesando
Del ojo, por detrás sale bermeja
Por la nuca. Su cuerpo cae inerte
Al pié del que escalaba muro fuerte.

XLVI

Así ésta tira. En tanto redoblaba
Godofredo la fuerza con que asalta,
Junto á una puerta ya arrimada estaba
De las máquinas suyas la más alta,
De gruesas vigas; tanto se elevaba
Que el muro á emparejar poco le falta.
Gente y armas su seno contenía
Y con ruedas, tirada se movía.

XLVII

En su marcha, la máquina movible
Flechas, venablos y saetas lanza,
Y cual nave en marina lid horrible
A otra nave, á abordar el muro avanza.
Esto el sitiado hacer quiere imposible,
Su frente y flancos hiere en cuanto alcanza:
Con picas la rechaza y piedra dura,
Y torre y ruedas destrozará procura.

XLVIII

La multitud de tiros despedida
De unos y otros, el cielo oscuro vuelve,
Cual dos nubes que chocan; repelida
Alguna flecha al tirador revuelve.
Cual de flexible rama, sacudida
Del turbion que en granizo se resuelve,
Al suelo cae el fruto aun no maduro,
Los infieles así caen del muro.

XLIX

Estos el mayor daño están sufriendo
Porque de hierro están ménos armados;
De los que viven parte van huyendo
De la mole á los tiros espantados;
Mas de Nicea aquel Soldan tremendo
Queda, y detiene á algunos más osados,
Y á oponerse el feroz Argante corre
Con gruesa gualdra á la enemiga torre.

L

La rechaza y la tiene retirada
Cuanto es larga la viga y él pujante.
Baja en esto Clorinda apresurada,
Que al riesgo quiere estar siempre delante.
Los francos, de la lana que colgada
Ven, los cordeles cortan al instante
Con largas hoces. Cae esa defensa
Y la muralla así queda indefensa.

LI

La torre arriba, y con mayor dureza
Abajo el fuerte ariete combatía,
Por lo que el muro que á horadarse empieza
Ya las ocultas calles descubría.
Acude el Capitan con gran presteza
Al lienzo que ya á tierra se venía,
Y tras el grande escudo se repara
Que usaba sólo en ocasion muy rara.

LII

Con él cubierto, espía y cauto acecha
Al Soldan, que bajando se encamina
El paso á defender tras de la brecha
Que abrió de la muralla la ruina.
Cuidar ve la subida árdua y estrecha
Argante y la doncella peregrina.
Esto miraba y abrasarse siente
De valor generoso el pecho ardiente,

LIII

Y volviéndose dice al buen Sigiero
Que otro escudo le lleva y arco á mano:
" Dame ahora, mi fiel buen escudero,
" Ese broquel que traes más liviano,
" Que he de tentar si acaso yo el primero
" Por las derruidas piedras paso gano:
" Tiempo es de granjear alguna gloria
" Que illustre de mi vida la memoria."

LIV

Mas apenas trocado habia el escudo,
Volando viene á herirle una saeta
La pierna, en el lugar que más agudo
Entre los nervios el dolor aprieta.
Que tuyo fué, Clorinda, el golpe crudo
Publica de la Fama la trompeta.
Si de yugo ó de muerte libre fuera
La gente infiel, á tí se atribuyera.

LV

Como si tal herida no sintiese
Aquel héroe fortísimo y constante,
Sin que el paso ni un punto detuviese,
A otros llama y de todos va delante;
Mas como el miembro herido conociese
Que ya no le sostiene vacilante
Y que más el dolor fiero le aqueja,
Mal de su grado, al fin la lucha deja.

LVI

Llama al valiente Güelfo á su presencia;
Dícele: " A retirarme soy forzado,
" Dejo el mando á tu esfuerzo y tu prudencia
" Y que el ataque siga comenzado;
" De corta duracion será mi ausencia;
" Al punto vuelvo;" pártelo apresurado,
Y en un corcel ligero como el viento,
No sin ser visto llega al campamento.

LVII

Con Gofredo parece que se ausenta
La fortuna del franco y desaparece;
En los contrarios el vigor se aumenta
Y la esperanza de victoria crece.
El ejército fiel se desalienta;
Falta el ímpetu, el ánimo fallece,
Sacan ya sangre apenas sus espadas,
Y hasta las trompas suenan destempladas.

LVIII

En el adarve en parecer no tarda
La turba que poco ántes dél huía.
La vista de Clorinda tan gallarda
Da á las damas patriótica osadía;
Que acude cada cual y el puesto guarda
Suelto el pelo, alto el traje se veía,
Y lanzan dardos, el temor dejado,
De morir defendiendo el muro amado.

LIX

Lo que infunde en los francos más espanto
Y á los sitiados da mayor aliento,
Es que el potente Güelfo (y lo ven tanto
Unos como otros) cae en el momento;
Su fortuna entre mil le halla: un canto
Le hirió que disparado iba violento,
Y á Raymundo tambien al mismo instante
Un golpe le derriba semejante.

LX

Herido fué cuando llegaba al foso
De mala suerte Eustacio el atrevido;
No va contra los francos golpe ocioso:
Siendo el número dellos tan crecido,
El que no da la muerte, riguroso
A alguno cuando ménos deja herido,
Y más feroz al ver fortuna tanta,
El circasiano así la voz levanta:

LXI

“ Antioquía no es ésta, ni encubierta
“ Noche hay á vuestros fraudes favorable:
“ Veis claro el sol, la gente está despierta
“ Y otra es la guerra y traza formidable.
“ ¿Ya está en vosotros toda chispa muerta
“ De valentía y de ambicion laudable?
“ ¿Cobardes ya dejais vuestras empresas
“ Tan pronto, no franceses, mas francesas?”

LXII

Esto dice, y á punto tal se enciende
En su furor, audaz aquel guerrero;
Que la ciudad extensa que defiende
Campo estrecho imagina ya á su acero.
A saltos corre allí donde se hiende
La muralla que entrada dió primero;
Tapa el portillo, y grita entusiasmado
Al bravo Soliman que está á su lado:

LXIII

“ Ves aquí, Soliman, el punto y hora
“ En que nuestro valor juzgarse debe.
“ ¿Qué esperas ó qué temes? Fuera ahora
“ Quien quiere prez, que la merece pruebe.”
Dice así, y uno y otro, sin demora,
A probar salen quién ventaja lleve:
Uno de furia, otro de honor llevado
Por el reto feroz estimulado.

LXIV

Inesperados, súbito cayeron
Sobre sus enemigos á porfia.
Tantos los hombres que mataron fueron
Y tanto escudo y yelmo roto habia,
Tanto ariete y escalas destruyeron,
Que de ello alzarse un monte bien podria,
Y de ruinas formarse una trinchera
Que la ya derribada repusiera.

LXV

La gente, de asaltar ántes ansiosa,
Que á la ciudad entrar fácil pensara,
No sólo ya esperar triunfo no osa,
Sino mal se defiende y se repara
De dos contra la saña valerosa
Y en las máquinas mientes ya no pára,
Que en otra guerra no han de ser usadas,
Siendo ora con tal furia destrozadas.

LXVI

Corriendo van con ímpetu violento
Uno y otro pagano enfurecidos;
Fuego piden, y llevan al momento
A la torre, dos pinos encendidos.
Así un tropel de furias turbulento
Deja sus negros antros escondidos,
Y el mundo á trastornar salen ardientes
Sus teas sacudiendo y sus serpientes.

LXVII

Tancredo invicto, que incansable estaba
Animando al asalto á sus latinos,
Mirando de aquel par la saña brava
Y en sus manos los dos ardientes pinos,
Deja de hablar y va donde amagaba
Su furor á la torre ya vecinos,
Y de un valor da pruebas tan tremendo,
Que los que ya triunfaban van huyendo.

LXVIII

Hallábase el combate así dudoso
Por la mudanza que ordenó el destino,
Cuando el herido jefe valeroso
A su gran tienda á recogerse vino.
De amigos tristes grupo numeroso
Le asiste con Sigiero y Balduino.
Queriéndola sacar, la flecha estira
Que le hirió, y al tirar rompe la vira.

LXIX

La curacion ordena que se acorte
Cuanto más fuere al médico posible,
Ya su herida se abra, ahonde ó corte,
Que al dolor, segun muestra, no es sensible.
Que al combate volver sólo le importe
Antes que cese el pelear terrible,
Dice, oprime su mano la asta larga
De una lanza, y la pierna al hierro alarga.

LXX

Y ya el anciano Erótimo, nacido
Del Pó en la orilla, le conhorta y cura;
De yerbas y aguas buenas conocido
Le es el uso y virtud de su natura.
Aunque las musas le aman, preferido
Había el arte que salud procura:
Más de muerte librar quiere á los hombres
Que inmortales cantando hacer sus nombres.

LXXI

Apoyado y con faz que no se muda,
Sin quejas, se estremece el gran guerrero;
El diestro brazo el médico desnuda
Y su traje recoge amplio y ligero.
En vano, de las yerbas con ayuda
La saeta extraer tentó primero:
La mano emplea luego, á ver si cede,
Y tenaz instrumento, y nada puede.

LXXII

Sus artes no secunda, y á su intento
Contraria la Fortuna, no coopera;
Sufrir el heróico herido tal tormento,
Que á punto casi está de que allí muera.
Su ángel custodio, viendo el sufrimiento,
Ditamo corta en Ida, placentera
Yerba de flor pequeña, purpurina,
Que nueva, es soberana medicina.

LXXIII

De la natura prósvida enseñadas
Prueban las cabras su virtud secreta,
Cuando en la caza heridas y acosadas
Fija queda en sus flancos la saeta.
Presto de las regiones apartadas
La lleva el ángel do feliz vegeta,
Y en las aguas que Erótimo prepara
Su jugo infunde de potencia rara.

LXXIV

De la fuente de Lidia humor precioso
Mezcla á la perfumada panacea:
Lava la herida el viejo cuidadoso,
Y por sí solo el chuzo se voltea
Y sale. El dolor cesa congojoso,
Y sano ya el herido se recrea.
Grita Erótimo: "No es arte maestra
"Lo que te sana, ni mi flaca diestra;

LXXV

“ Mayor virtud te salva: un ángel creo
 “ Sólo á curarte descendió á la tierra,
 “ Que de celeste mano signos veo;
 “ Tus armas toma ya, vuelve á la guerra.”
 Ese del pio Bullon es el deseo:
 En púrpura la pierna luego encierra,
 Enorme lanza blande, escudo abraza
 Y bajo de la barba el yelmo enlaza;

LXXVI

De la estacada sale, y se adelanta
 Con mil más, á la plaza combatida;
 El cielo encubre el polvo que levanta,
 La tierra á sus piés tiembla conmovida.
 A los sitiados su venida espanta,
 Y de un frio temblor sobrecogida
 La gente, por sus venas corre hielo:
 Él por tres veces alza el grito al cielo.

LXXVII

Su gente, al conocer la voz altiva
 Y el grito excitador á la batalla,
 Sus casi muertos ímpetus aviva
 Y renovado su valor estalla.
 De paganos el par feroz ya iba
 Recogiéndose al pié de la muralla
 Y el paso apénas defender podía
 De Tancredo y la hueste que él traía.

LXXVIII

Desdeñoso Bullon y amenazante,
 Allí de punta en blanco armado avanza,
 Y en cuanto llega, contra el fiero Argante
 El asta herrada fulminando lanza.
 No hay mural catapulta tan pujante
 Que con tal fuerza arroje dardo ó lanza:
 Zumbando va en el viento el pino rudo,
 Y Argante sin temer pone el escudo.

LXXIX

Éste el chuzo rajó duro y punzante,
 Ni aun la acerada cota le detiene:
 Todas las armas rompe, y penetrante
 La sarracena sangre á chupar viene.
 Arráncaselo el moro en el instante
 De armas y carne, y el dolor contiene;
 A Gofredo lo tira, así exclamando:
 “ Tus armas te devuelvo: esa te mando.”

LXXX

La asta ofendiendo ya, ya vengadora,
 Vuela y revuela por la usada senda;
 Mas no al que es dirigida hiere ahora,
 Que inclinándose evita que le ofenda.
 Dando en el buen Sigiero, cortadora
 La cuchilla su cuello hirió tremenda;
 A él no le pesa, que á su caro dueño
 Libra, muriendo, del eterno sueño.

LXXXI

A ese tiempo un guijarro el Soldan tira
 Con que acierta al normando caballero.
 Herido se retuerce, el cuerpo estira
 Y cual peonza gira el buen guerrero.
 No puede ya Bullon tener la ira
 Por tanta ofensa: empuña el fuerte acero
 Y sobre la confusa, alta ruina
 Subiendo, á la pelea se avecina.

LXXXII

Proezas hizo entónces nunca oidas
 En cien y cien combates memorables,
 Mas fueron por la noche oscurecidas,
 Que sus tinieblas tiende imperturbables
 Y sosiega las iras encendidas
 De los tristes mortales miserables;
 Cesa Gofredo y se retira lento:
 Así aquel dia terminó sangriento.

LXXXIII

Sus heridos y enfermos al abrigo
 Pone Bullon ántes que el campo ceda;
 Ni quiere que sea presa al enemigo
 Lo que de ingenios bélicos le queda.
 La gran torre que horror lleva consigo
 Bien le sucede que salvarse pueda,
 Aunque en la horrible tempestad pasada
 Quedó en parte deshecha y quebrantada.

LXXXIV

Del gran peligro libre á duras penas,
 Llega ahora á lugar de salvamento;
 Mas cual nave tal vez que á velas llenas
 La mar corre y desprecia ondas y viento,
 A vista ya del puerto, en las arenas
 O escollos destrozó choque violento,
 O corcel que en el fin de su carrera
 Tropieza cuando ya descanso espera;

LXXXV

Tal sucede á la torre, que en la parte
 Que á los tiros del muro expuesta tuvo
 Dos ruedas se le rompen de tal arte,
 Que amenazando ruina se detuvo;
 La escolta en torno de ella se reparte
 Y á fuerza de puntales la mantuvo,
 Hasta que los artifices llegaran
 Que de sus daños todos la reparan.

LXXXVI

Lo ordena así Gofredo, deseando
 Que ántes del nuevo sol se halle compuesta,
 Los caminos va todos ocupando
 Y en ella deja guardia bien dispuesta;
 Por el ruido que se hace trabajando
 A la ciudad la obra es manifiesta:
 Los que las luces ven que dentro encienden,
 Lo que en ella se hace bien comprenden.

FIN DEL CANTO UNDÉCIMO.

CANTO DUODÉCIMO.

Clorinda y Argante incendian la torre de los cristianos.
 Historia de Clorinda. Su pelea con Tancredo y su muerte. Llórala Tancredo.
 Argante jura vengarla.

I

Era la noche. Sin buscar reposo
 En el sueño, á sus cuerpos fatigados,
 En el trabajo velan afanoso
 Los francos, redoblando sus cuidados.
 Los paganos tambien con anheloso
 Afán, en sus reparos maltratados
 Trabajan, y en sus muros derruidos,
 Y curan unos y otros sus heridos.

II

Llenado este deber, y concluida
 Del todo casi la faena dura,
 Van ya cesando, que á dormir convida
 Más callada la noche y más oscura.
 Mas no duerme Clorinda, que atrevida
 Fama sólo y honor ganar procura:
 Con ella Argante está; sosiega todo,
 Y habla consigo misma de este modo: